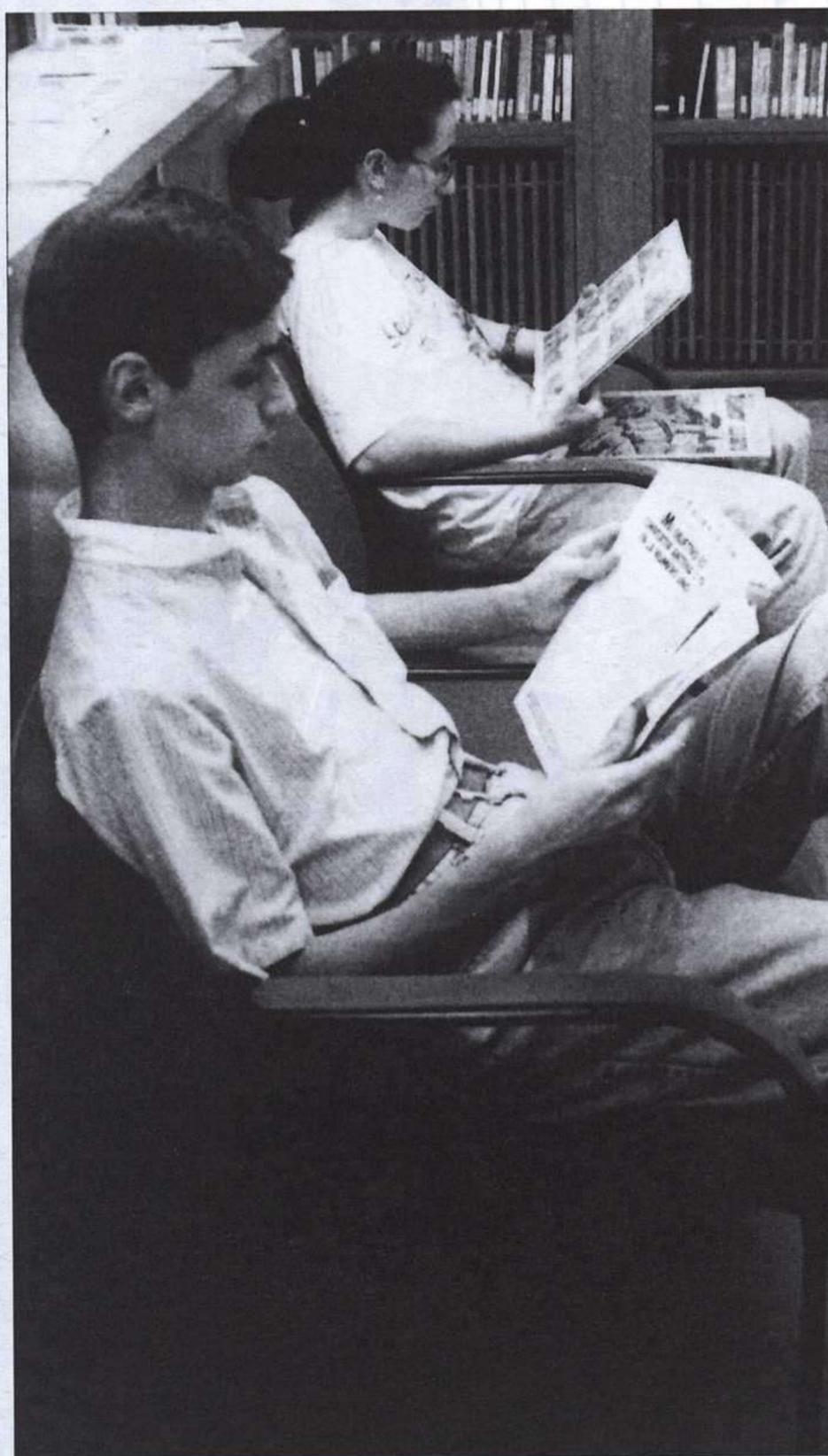


EN TEORÍA

Jóvenes y lectura

por Víctor Moreno*



El libro, la lectura forman parte, en opinión de Víctor Moreno, de esa colonización, más o menos inmoral y totalitaria, que los adultos ejercen sobre la juventud. A través de los libros dirigidos a los jóvenes, escritos por adultos, se busca estructurar su gusto, definir su cultura, orientarlos, en resumen, adaptarlos a un mundo que ellos no han creado. En definitiva, el escritor se pregunta si las prácticas de lectura conducen a la emancipación del joven o si, por el contrario, lo hacen más dependiente. La polémica está servida.

ANA PEYRÍ.

30

CLIJ72



ANA PEYRI.

«¿Y si no hubiera meta alguna y todo fuera avenida tras avenida y el mundo entero un laberinto sin posible salida y sin fin?» (R.L. Stevenson, *De Virginibus puerisque y otros ensayos*, Alianza, 1994).

«Juventud: Período de lo Posible, cuando Arquímedes encuentra un punto de apoyo, Casandra tiene quien la escuche y siete ciudades compiten por el honor de mantener a un Homero viviente» (Ambrose Bierce, *Diccionario del Diablo*, Ediciones del Dragón, 1986).

de las excelencias de tan apetecible virtud, y con qué fuerza irresistible me precipité en las aguas de la depravación y de los vicios más indignos. Y todo porque en casa no había un libro, aunque, sí, muchos tebeos. Pero supongo que los tebeos no imprimían, como ahora tampoco, dignidad alguna en quien osaba posarles encima la retina.

Leer, ¿dignifica?

¿Cómo es posible que se pueda amenazar, en 1995, a los no-lectores, de la edad que sean, con afirmaciones como la que he parafraseado arriba,

perteneciente a la cosecha espiritual del autor de *Corazón*, signore Amicis, y que textualmente dice así: «Una casa sin libros es una casa sin dignidad»?

Bueno, que Amicis soltara tamaña joya mental no extraña. Como suele decirse: ¡eran otros tiempos y otras circunstancias! ¡Qué sería de nosotros sin la comprensión de las circunstancias! Pero, hoy, ¿quién puede atreverse a afirmar que las personas de una casa son indignas porque nunca vieron un libro en un estante? Pues muchos.

¿Es posible realizar una defensa de la lectura sin verse obligado a ofender a la humanidad entera? En mi opinión, o se cambia la concepción del libro y de la lectura, o esto no tiene arreglo. Malos presagios se pueden augurar para ambos si su fundamentación teórica y su animación se sustentan en tales soflamas.

¿Qué quiere decir Cristóbal Sarrias cuando afirma que «gracias a la lectura y a los libros se ha sentido más hombre y más hermano de los hombres de épocas lejanas y actuales» (*Alacena*, 7, invierno 1987-1988)?

Durante muchos años yo viví en una casa sin dignidad. Ahora que soy adulto y tengo la casa llena de libros, y, para colmo, incluso suelo leerlos, me pregunto, no sin estupor, si no me habré pasado desarrollando esa cualidad que el diccionario confunde con «seriedad y nobleza en la forma de comportarse» y cuyos sinónimos se corresponden con «gravedad, integridad, decoro, honradez». ¿Soy, ahora, todo eso por tener la casa abarrotada de libros, *instrumentos de dignidad*?

Escribo este exordio, a cuento de las exageraciones que sueltan algunos analistas de la cosa lectora con el objetivo loable de defender la lectura... para los demás. Con los años aprendes que la dignidad no requiere madurez, ni estado ni gobierno alguno, ni lectura, pero, al parecer, quien a lo largo de toda su infancia y adolescencia no vio jamás un libro en casa de sus padres debió de estar privado de ella. Lamento, desde luego, no poder transmitir de qué manera concreta mi vida, en aquella época, se vio ayuna



ANA PEYRI.



ANA PEYRÍ

¡Más hermano y más hombre! ¿Y primo y homosexual, no? ¡Anda ya! ¿Y qué decir de la profundidad abisal en la que nos quiere sumergir Merino cuando sostiene que: «Somos lo que somos gracias a los libros y estoy seguro de que empeoraremos el día que los perdamos, si tal cosa llega a suceder» (José M^a Merino, *CLIJ*, 63, julio-agosto, 1994). Para mí, estas afirmaciones no significan nada. Están vacías. O llenas de lugares comunes, que rozan los goznes de la estupidez. *Pensadores* de esta talla, que justifican la necesidad de leer en tan profundos y trascendentales objetivos, resultan peligrosos y deberían prohibirse a sí mismos relacionarse con la juventud, hasta recibir una cura de sentido común.

¿No tenemos bastante con lo que ya hemos hecho con la infancia? ¿Cuándo nos vamos a cansar de una vez por todas de decir vaciedades para que los adolescentes hagan esto y lo otro, sean así y asá, y, sobre todo, lean, porque, pobrecillos de ellos, qué de miserias y enfermedades

cardiovasculares padecerán si no lo hacen? ¿Nunca hemos reparado en la observación de Heinrich Böll: «De lo único que hay que proteger a los niños es de los mayores, que saben tan bien lo que es la libertad, que se puede oír el ruido de las cadenas que van arrastrando»?

Juventud, divina locura

Si la justificación o fundamentación de la lectura en general alcanza ribetes de finísima ridiculez, ¿qué no decir de la concepción que se ofrece de la misma juventud, lectora o no?

Desde hace años, supuestos especialistas y sociólogos del denominado sector juvenil llegan a constatar y lamentar «una considerable falta de estructuración de los gustos y preferencias literarias de los jóvenes» (J.J. Toharia, *Alacena*, 7, invierno 1987-1988). Y la cosa debe de ser terrible, porque, en el mismo artículo, se vuelve a repetir el angustioso diagnóstico de «un inquietante grado de desorien-

tación y de una falta de estructuración de la cultura literaria básica de los jóvenes españoles» (*ibídem*). ¡Depravada e indigna juventud! ¿En qué estará pensando?

Pero vamos a ver. ¿En qué jóvenes y adolescentes se piensa cuando se advierten en ellos todas esas tremendas carencias? ¿Alguien ha visto alguna vez a la juventud *orientada*, o sea comportándose como un adulto serio y circunspecto, es decir, hipócrita y corrupto? ¿Quién a los 15 años tiene el gusto, la cabeza y el corazón *estructurados*? ¿Cultura literaria estructurada en la adolescencia? ¿Cuántos profesores de Secundaria la tienen? Y dicha cultura y supuesto gusto, ¿cómo tendrán que ser para recibir el beneplácito de lo *literariamente correcto*? ¿Y basado en qué estética?, ¿la dominante o la posdominante?

Cuando eran niños, no sabían nada. Eran ignorantes perdidos. No tenían criterios y, si mostraban alguno, estaban equivocados, porque no coincidían con los del adulto. Por otro lado, carecían de autonomía y de una per-

A partir de 12 años

sonalidad clara y definida. Si llegaban a tenerlas, eran tildados de viejos o de maduros para su edad. Y, paradoja de las paradojas, después de recibir una educación, se supone que en esa dirección estructurante, resulta que los jóvenes están *D*, desestructurados, disociados y desorientados perdidos, con el gusto hecho unos zorros y con una cultura literaria que ni es cultura y, menos aún, literaria. ¡Y los hemos tenido bajo nuestra tutela de adultos durante 16 o 18 años! ¿Qué es lo que hemos hecho durante ese tiempo para obtener tan magros beneficios *desestructurantes*? Dada nuestra mentalidad conductista, convendría saberlo, ¿no?

La verdad es que no entiendo muy bien cómo señores, que dicen leer tanto, no aprenden casi nada de aquello que leen. No sé si servirá recordarlo, pero R.L. Stevenson ya indicaba, y mostraba en *La isla del tesoro*, que «es tan natural en un muchacho el que sea imprudente y exagerado y el vivir en torbellinos y el darse contra los barrotes de su jaula como cualquier alimaña recién apresada, como que los viejos encanezcan o que las madres amen a sus criaturas o que los héroes mueran por algo que vale más que sus propias vidas [...]. Las locuras de la juventud tienen su base en la sana razón, lo mismo que las desconcertantes preguntas que nos hacen los niños; sus actos más antisociales indican los defectos de nuestra sociedad [...]. Por amor de Dios, dadme el muchacho con talento suficiente para poder engañarse a sí mismo» («La gruñona vejez y la juventud», en *Virginibus puerisque y otros ensayos*).

«Lecturismo» integral

Existe, también, otro tipo de coartada ideológica con apariencia de respetable y que, si la cuenta no me falla, la vienen usando desde tiempos de la Instrucción de Moyano todos los poderes políticos educativos que han sido, de derechas y de izquierdas, opusdeístas y de las jons, y que la repiten de forma clónica pedagogos, psicólogos y *animadores culturales*. Me refiero a ese manido cliché de la



ANA PEYRI.



ANA PEYRI

formación integral de los jóvenes, en la que, naturalmente, se incluirá la cultura literaria, o, dicho sin menos pretensiones pedantes, la lectura. Lo curioso del caso es que quienes suelen hablar de esa formación solamente se acuerdan del libro como parte integrante de ella. ¿Y la educación estética y musical? Una casa que no tenga un disco de Mozart o de Schubert, ¿no será tildada de indigna? ¿Dónde quedará la educación de la *hombría* de aquel joven que a lo largo del día no ha escuchado una fuga de Bach o una pavana de Fauré? ¿Será completa la estructuración literaria y gustosa del joven, si se prescinde en su alimentación cultural de las pinturas de Goya, Velázquez, Kandinsky, Picasso, El Bosco y Nazario?

No sé. Hay en este *lecturismo* integral y desenfrenado algo que convierte a sus defensores en personas sordas y ciegas ante otros tipos de cultura y de formación tan válidos y tan importantes como el libro, y con los que éste debería trabajar de forma interdisciplinar.

La lectura, ¿un placer?

Y cuando hablamos de lector juvenil, ¿de qué lector estamos hablan-

do? La mayoría de los analistas parecen hablar de un lector universal, homogéneo y uniforme, cuando lo cierto es que dicho lector es una enteiquia. No existe, sea éste niño, joven o adulto. Lo que existen son circunstancias lectoras concretas, lectores concretos y bibliotecas-libros concretos. ¿Cuándo se dejará de apelar a modelos que nada tienen que ver con la realidad paradójica de cada día? ¿Cuándo nos olvidaremos de extraer citas de *La infancia recuperada* de Savater, para hacer las paráfrasis más delirantes de las mismas? Si el adulto Savater asevera que «la lectura, según creemos recordar con pudoroso escalofrío, era un placer abrumador y disparatado», será cierto para el adulto *de ahora* que recuerda entre escalofríos y estornudos, pero, ¿lo era realmente para el adolescente que fue? ¿Placer abrumador y disparatado! ¿Ése es el placer de la lectura? No me extraña, entonces, que los jóvenes no deseen leer.

¿Por qué no se habla con más precisión del placer de la lectura? ¿En qué consiste? ¿Con qué placer, de los conocidos, es comparable? ¿Se puede transmitir? El posible placer, que experimenta el adolescente, ¿es de la misma naturaleza que el pregonado por el adulto?

Libros para enfrentar el mundo hostil

Estoy convencido de que, como adultos y como profesores de Literatura, hemos caído más de una vez en el embozo lastimero de calificar negativamente la literatura del Neoclásico por didáctica y utilitarista. Conviene preguntarnos hasta qué punto no somos todos los adultos más neoclásicos que todos los padres Isla y Feijoo juntos. ¿Hay, acaso, alguna actividad de las que se programan para los jóvenes que no busque su mejora intelectual y su perfección ética y moral? Si el adulto es la persona que menos cree en la gratuidad de lo que hace, ¿cómo podrá librarse del didactismo y utilitarismo que tanto condena?

Es legítimo, por tanto, hacerse la pregunta siguiente: ¿para qué *obligamos*, democráticamente, a leer a esos adolescentes que caen prisioneros en las redes de nuestro afán o neurosis lectora? Algunas respuestas evidencian que se hila con muy poca finura la tela de araña que se tiende al joven para su bien. El mecanismo es, desde luego, de una grosera hipocresía. Primero, los adultos diseñamos y construimos un mundo irrespirable y con *crisis de valores* hasta en la sopa. Eso dicen, al menos, los que mejor viven y leen más (¿los obispos?). Después, se escriben libros para que los *específicamente jóvenes* puedan *enfrentarse* a ese mundo hostil, individual o colectivo, que, con tanta exquisitez, les hemos preparado: corrupción, naturaleza enmierdada, paro, drogas, marginación, divorcios, sexo, guerra, xenofobia, racismo y blablabla.

Si el adulto pretende utilizar el libro para *orientar y estructurar la cultura literaria y axiológica* de los jóvenes, es compromiso misionero, que yo, desde mi escepticismo, no se lo voy a reprochar. Si el adulto se sirve de la lectura de un libro para hacer partícipe al joven de sus paranoias y de sus obsesiones, democráticas y solidarias, por supuesto, nadie, que participe de las mismas ideas, se lo ha de echar en cara. La cuestión está en saber si tales prácticas de lectura conducen a la emancipación del joven o,

Literatura Infantil



- ★ A partir de 6 años
- ★★ A partir de 8 años
- ★★★ A partir de 12 años

Constroye
tu fantasía



Estrellas Altamar

Títulos:

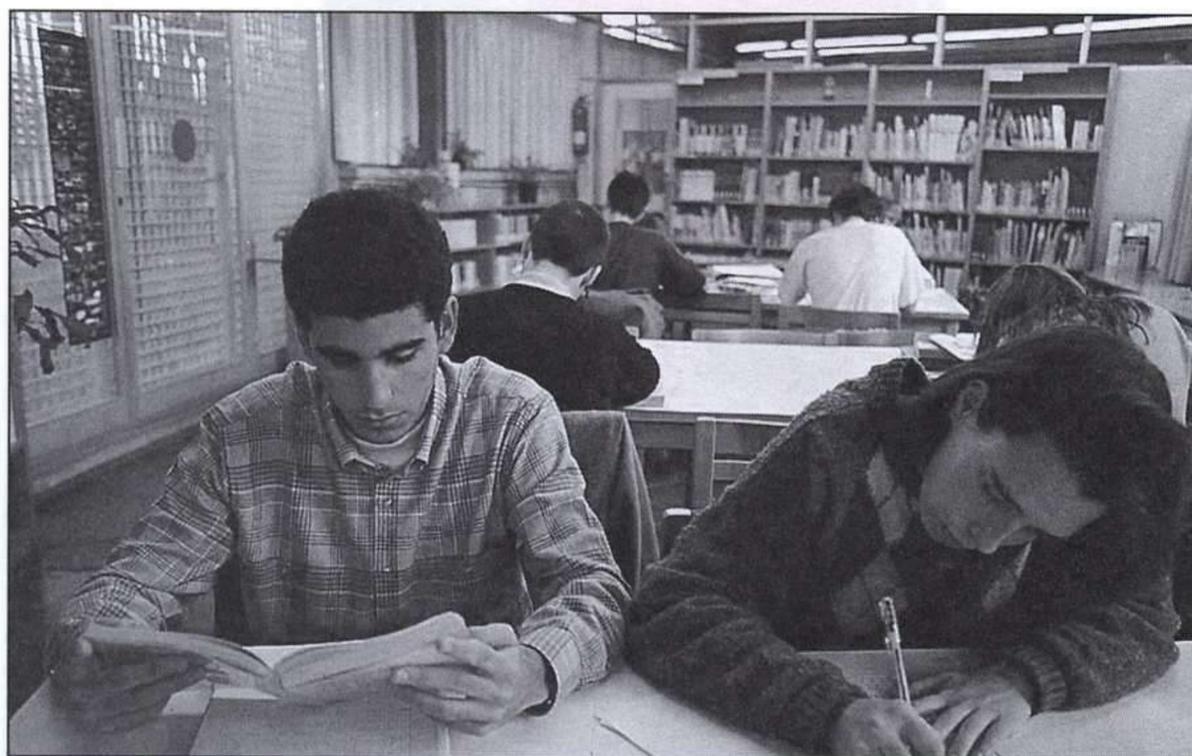
Mumú
El tiempo y la promesa
Marcelo crecepelos
Simón, Simón
Devuélveme el anillo,
pelo cepillo
La máquina maravillosa

Autores:

Hilda Perera
Concha López Narváez
Fernando Almena
Emilio Sanjuán
Enrique Páez
Elvira Menéndez

B Bruño

Maestro Alonso, 21
28028 Madrid
Tel.: 361 04 48
Fax: 361 31 33



ANA PEYRI

si por el contrario, lo hacen más dependiente aún del adulto-mediador.

Resulta chocante observar que cuando un adulto *hace-animación-lectora* da la sensación de tenerlo todo claro, pero, en cuanto cierra el libro, el mundo le sigue pareciendo un terrible e ininteligible caos. En consecuencia, ¿por qué no se lee directamente en el mundo, en lugar de utilizar la mediación de un libro?

El lector ideal

Para completar este cuadro, se habla, cuando es sobre estas cuestiones, de *problemática específicamente juvenil*. ¿Juvenil? Más bien habría que hablar de *problemática adúltera y adulterada*.

¡Ah!, ¿pero es que existen libros de literatura específicamente juvenil? Por supuesto. Son inconfundibles. En algunas colecciones suelen llevar un circulito rojo y, en otras, una mascota animal. Y para el resto de las ocasiones se suelen utilizar definiciones tan sabias como ésta: «Es la literatura específica que lee ese joven específico» (Emilio Pascual, *Alacena*, 7, invierno 1987-1988). Siguiendo esta regla tautológica, podemos, también, preguntarnos: ¿existe la literatura específica de camioneros? Sin duda. Es la lite-

ratura específica que lee ese camionero específico. Y la literatura específica de amas de casa, ¿existirá? ¡Natural! Es la literatura específica que lee esa específica ama de casa. Júntense todos los jóvenes específicos que leen una literatura específica y obtendremos esa literatura específica. Únanse todos los camioneros específicos que leen una literatura específica y obtendremos una literatura de camioneros. El mismo proceso puede seguirse con las amas de casa, los porteros, los fontaneros, las prostitutas, la guardia civil, los panaderos y los futbolistas.

Por estas profundas razones aducidas, existe una literatura y un lector ideal, y, en ocasiones, el único lector es el joven, el lector camionero, el lector ama de casa, el lector futbolista, el lector pescador. Pues, como suele decirse, todo libro tiene un lector ideal: joven, ama de casa, enfermo terminal, agricultor, profesor y policía.

Ignoro si servirá de algo la siguiente reflexión de la escritora Bárbara Jacobs, pero no estaría de más aprenderla de memoria: «No hay edad ni sexo para emocionarse ni para transmitir esa emoción; no hay tema ni tratamiento de ningún tema; sólo hay emociones, y está en el espíritu, con que se enfrenten los temas, uno como autor, otro como lector, donde flore-

cerá la juventud eternamente» («¿Literatura para jóvenes?», *Diario 16*, 19-XI-1994).

Colonizar a la juventud

Termino por donde, tal vez, debería de haber empezado. Todas las edades son proclives a la inmoralidad y al desorden. Los jóvenes poseen muchas virtudes, muchas más tendrían si el adulto los dejase en paz. Y las tienen porque son vírgenes en materia de poder. En cuanto se conviertan en padres, en carpinteros, en bomberos, en maestros, se volverán tan reaccionarios como cualquiera de nosotros. Pero, mientras tanto... la juventud es un encanto descarado de la vida que conviene prolongar lo más posible. Sólo con unos jóvenes que no hagan lo que hicieron sus padres, que no piensen como pensaron sus padres, se puede esperar algo nuevo y distinto. Mas, ¿cómo esperarlo de los libros escritos por los adultos que buscan estructurar el gusto, definir su cultura, orientarlos, asociarlos, en resumen, adaptarlos a un mundo que ellos no han creado?

Al final, los hijos, los jóvenes, aunque hayan leído en la infancia a Guillermo, a Verne, a Salgari, a Stevenson, y en la juventud se hayan chutado toda la colección de Gran Angular, tenderán a reproducir los mismos gestos y las mismas muecas que llevaron a sus padres a atravesar esa *línea de sombra* de la que ya no es posible regresar si no es convertido en un reaccionario, de tomo y de lomo. Los adultos deseamos una juventud sana y viril, que se duche todos los días, que no escupa en la calle, y, sobre todo que lea, pero se olvida de proclamar que, también, la queremos sumisa, obediente y sujeta a nuestras orientaciones y veleidades político-culturales. Y, aunque nos cueste reconocerlo, el libro forma parte privilegiada de esa colonización, más o menos inmoral y totalitaria. Y democrática, claro. ■

* Víctor Moreno es escritor.